

ducirlo, será ciertamente contradecir a las nociones de lo bello y profanar el arte tanto más cuanto más adule a los sentidos con un realismo crudo y desvergonzado. El desorden y la emoción estética no pueden absolutamente conciliarse.

Dentro de los términos genéricos del arte hay una forma especial, una modalidad perfecta y objetivamente definida que llamamos Arte Cristiano, que viene, en lento caminar, a compás del espíritu y desenvolvimiento del Cristianismo, mostrando a través de los siglos, en variadísimas y no siempre felices expresiones, las inmensas riquezas espirituales de la Revelación y las páginas de la historia evangélica, rebosantes de mística ternura.

Es tan extenso el campo de acción de esta rama del arte, tan universal y eficaz la influencia estética, pedagógica y moralmente renovadora que viene ejerciendo y aun ejerce entre nosotros, que si admitimos con Alban Stolz y otros, que no existe Arte Cristiano, sino arte en general, como un bien puramente temporal, común de todos, al alcance de buenos y de malos, con esta afirmación tomada en serio y lógicamente desarrollada, se arrebataría al Cristianismo todo el campo de la civilización, para entregarlo al mundo profano.

La predicación de los profetas antiguos y sobre

